

CAPÍTULO XXI

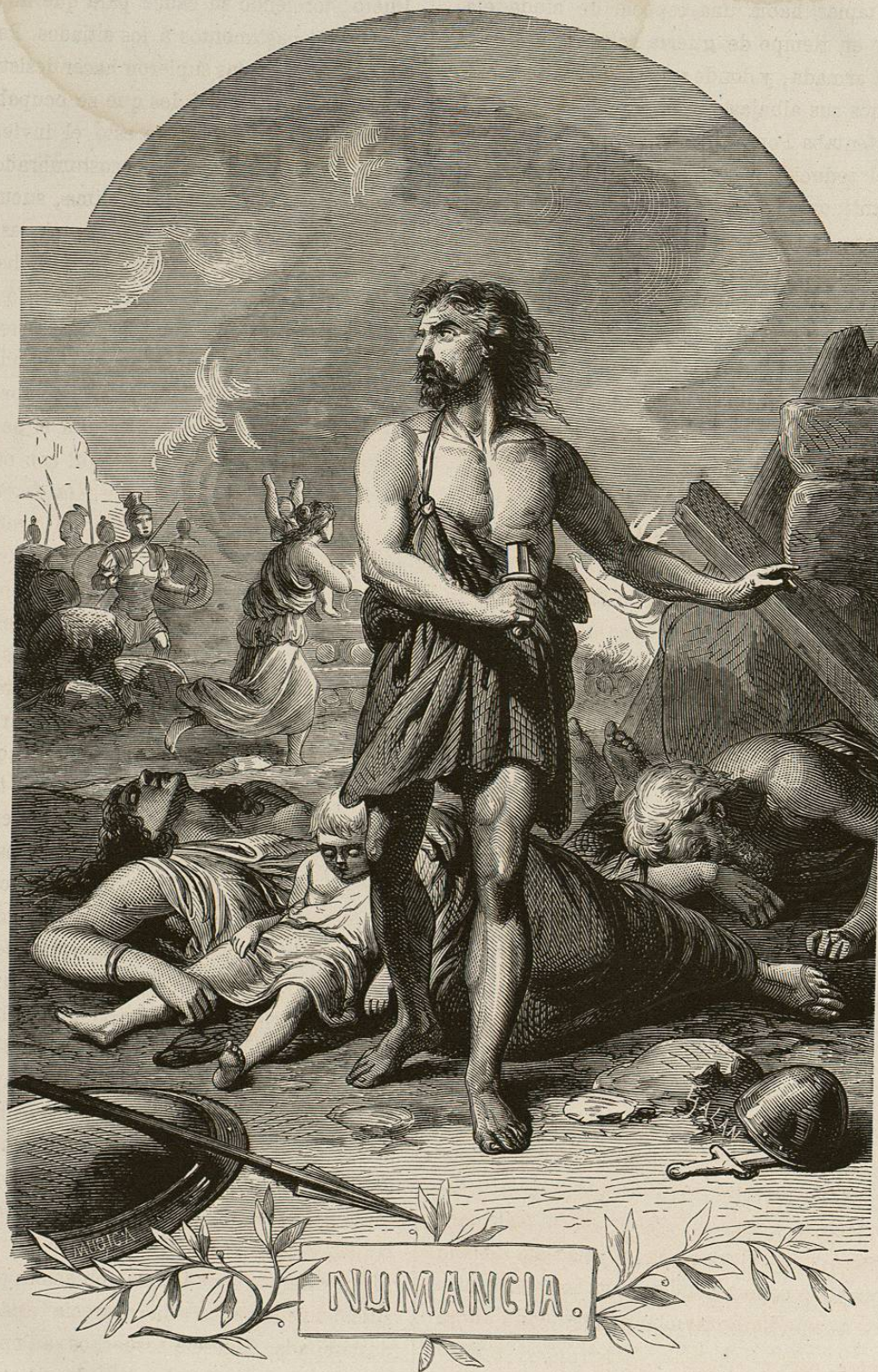
Numancia (desde 140 ántes de J. C. hasta 133).—Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado á pedir la paz.—Inicio rompimiento de ésta, y testimonio de la fe romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia, y vergonzoso para Roma.—Rómpele el senado.—Castigo bochorroso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépedo.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipion Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60.000 hombres.—Línea de circunvalacion.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situacion de Numancia.—Mensaje á Escipion.—Su respuesta.—Hambre y desesperacion de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroísmo.—Numancia destruida.

Después que los romanos se vieron libres de Viriato, y sofocaron por tanto las penosas guerras que con este caudillo habian tenido que sostener, quisieron arrancar de raíz todos los gérmenes de independencia que en España habia, y como recelaban de Numancia, á ella dirigieron su atencion, con el propósito de abatir á esta ciudad independiente. Esta célebre ciudad celtibera, después de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, habia asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo tambien volver á sus casas á los segedanos, á quienes habia dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué tambien respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habianse limitado á dar asilo á los celtiberos del partido de Viriato, como ántes le habian dado á los de Segeda. Concluida la guerra lusitana, hizoles Quinto Pompeyo Rufo un cargo de esta conducta, exigiéndoles lo que llamariamos hoy la extradicion de los refugiados. Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le

permitian entregar á los que en ella habian buscado un asilo, y que esperaba guardaria la fe de los tratados. Volvióle Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: «Roma no trata con sus enemigos sino después de desarmados.» Esta contestacion fué la señal de guerra. El pretexto por parte de los romanos fué éste; el verdadero motivo era que los abochornaba la independencia que Numancia se habia sabido conquistar.

Resueltos los numantinos á no perderla, reunieron sus fuerzas, que en todo subirian á 8.000 hombres, y nombraron general de este pequeño ejército á un ciudadano llamado Megara. Pompeyo acampó cerca de la ciudad con más de 30.000 hombres, y se posesionó de las alturas vecinas (140).

Hallábase situada la heroica Numancia, insigne ciudad de los pelendones, á poco más de una legua de la moderna Soria, y en el término que comprende al presente el pequeño pueblo de Garray, en un repecho de subida no muy agria, pero de dificultosa entrada en razon á los montes que la rodean por tres partes; sólo por un lado tenia una llanura que se extiende



por las márgenes del Tera, que va á mezclar sus aguas con las del Duero. Dentro de sus débiles tapias había una especie de ciudadela, donde en tiempo de guerra solía recogerse la gente armada, y donde solían guardar los ciudadanos sus alhajas y preseas.

Intentaba Pompeyo, para acabar de una vez con el reducido ejército enemigo, atraer á los numantinos á batalla campal; hizo mil tentativas para lograrlo; pero dirigidos aquéllos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa el más propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacían salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veían al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, á las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos.

Tal sistema de guerra tenía fatigado al ejército romano, y Pompeyo resolvió suspender el sitio y fué á ponerse sobre Térmes (1), distante de Numancia nueve leguas. Tampoco Térmes estuvo de parecer de dejarse subyugar; ántes bien, haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al día siguiente volvió sobre la ciudad, pero no recogió del nuevo ataque más fruto que del anterior (2). Dirigióse á Manlia, que se le entregó, matando los mismos manlieses la guarnición numantina; corrióse á la Edetania, donde deshizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia. Sometida Manlia y deshechas las partidas que podían prestarla socorro, quedaba Numancia sola: ¡sola para resistir á todo el poder romano! Habíala aislado Pompeyo comunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla. Queriendo ahora

apretar el sitio y reducir á los numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su cauce para que no entraran por él bastimentos á los sitiados. Pero éstos con sus espadas supieron hacer desistir brevemente de su obra á los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse en esto el invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados á la cruda temperatura de aquel clima, sucumbían al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas ó Lenate para sucederle (139), ántes de entregarle el gobierno, resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso de que su sucesor alcanzara en esta guerra glorias á que él había aspirado en vano. Tropezamos aquí con otro testimonio de lo que era entónces *la fe romana*. ¡Lástima grande que siendo tan probada y conocida, aún se fiasen de ella los generosos pechos españoles! Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo ménos con las condiciones que de público aparecían. Verdad era que el insidioso cónsul había tenido la cautela de no firmarlas, so pretexto de hallarse entónces enfermo; y por más que los numantinos apelaban al testimonio de los principales jefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el negocio, que hubo de remitirse su decision al senado, el cual optó por la continuacion de la guerra; que la flaqueza de los senadores igualaba la indignidad y bajeza de los cónsules.

Fué primeramente Popilio contra los lusos, á quienes no pudo vencer; volvió al año siguiente sobre Numancia (138), y hubiérale valido más haber admitido la paz que halló establecida por Pompeyo. En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro: ni una voz, ni un ruido se sentía en la poblacion: profundo silencio reinaba en ella: parecia una ciudad deshabitada. Hízosele sospechoso á Popilio tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagemata. Temía con razon, porque saliendo repentinamente los numantinos á ayudarle en la retirada, arrollaron á los legionarios y los pu-

(1) La Termancia de Appiano.

(2) Muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida; pero no consta así de la relacion de Appiano.



sieron en desorden y en verdadera derrota (1).

Sucesos dramáticos va á ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto habia sido enviado á la España Ulterior, donde los lusitanos habian comenzado á alterarse de nuevo. Vino á la Citerior el cónsul Cayo Hostilio Mancino (137), hombre de imaginación tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades. Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oído en el aire una voz que le decía: *Detente, Mancino, detente*. Las noticias que acerca de la fuerza de los numantinos traían de Roma sus soldados no eran ménos siniestras. Y con esto, y con experimentar más de una vez la realidad de su bravura, no se atrevían ya á mirar á un numantino cara á cara. Encerrados permanecían en su campamento, hasta que á la voz de que los vacceos y cántabros venían en ayuda de los de Numancia, dióse prisa el cónsul á levantar los reales, y á favor de las sombras de la noche se apartó de una ciudad donde creía no esperarle sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente á una misma doncella. No queriendo el padre desairar á ninguno de los dos mancebos, propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que primero tuviera valor para cortar la mano derecha á un enemigo y traérsela, obtendría la de su hija y se la daría en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, á dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de cuatro mil en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Animosos y sin darse punto de reposo avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posición en posición, redujéronlos á una estrechura donde no les quedaba otra alternativa que entregarse ó morir. Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad á los de Numancia

(1) Frontin. Estratag. III.

para otorgarla, á pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios. Así, ahora, imitando el ejemplo de Intercacia cuando no quiso fiarse del cónsul Lúculo, ni entenderse para las capitulaciones sino con su lugarteniente Escipion (1), tampoco quisieron los numantinos ajustar tratos sin la intervención del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre habia hecho ratificar otra paz en el senado, y ojalá que hubieran adoptado mayores precauciones para ponerse á cubierto de la ya reconocida fe romana. Vino en ello el cuestor, y concertóse que Numancia sería para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaría á los numantinos todo el bagaje, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseía: único medio de salvar las vidas á más de veinte mil hombres que el hambre tenía reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no así al senado, que comprendió todo el baldon que tan afrentoso tratado echaba sobre la república; y como los padres conscritos estaban lejos del peligro y no los alcanzaba la miseria, importábales poco que pereciesen 20.000 guerreros romanos, con tal de que no se dijese que el pueblo más poderoso del mundo se humillaba á recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues, solemnemente el pacto como injurioso é indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos por que se cumpliera lo tratado, y por demostrar la necesidad crítica en que se habia hecho. Cierta que la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, á quien se condenó á ser entregado á los de Numancia desnudo y atado de piés y manos. Inútiles fueron también los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo. El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud á las puertas de Numancia, donde permaneció todo un día desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Por-

(1) Cap. I de este libro.



que los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfacción del rompimiento del tratado, ni queriendo vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedían era, ó que lo pactado se cumpliera, ó que se repusieran las cosas en el sér y estado que tenían cuando se hizo el ajuste, entregándoles los 20.000 hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La petición era á todas luces justa, pero se la hacían á Roma (1).

La heroica Numancia, incansable en su propósito y resuelta á perecer en la demanda, llevaba ya vencidos tres cónsules en tres años, y celebrados dos tratados de paz cuando vino Emilio Lépidio en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretexto de que habian abastecido á los numantinos durante la guerra, acometió este cónsul á los vacceos y puso sitio á Palencia. Ya los palentinos le habian forzado á levantarle; pero no contentos con esto hicieron sin ser sentidos una irrupción en su campo, y le mataron hasta 6.000 hombres. Dos legados de Roma vinieron á intimarle que dejara á los vacceos y atendiera á Numancia. Pero Numancia vió pasar un consulado más, y Roma vió regresar de España otro cónsul sin haber ganado más mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fué públicamente acusado.

Reemplazóle Lucio Furio Filon (136), que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo de Mancino, indisponer con él á sus propios soldados, contemplar á Numancia, y poder decir en Roma que habia visto una ciudad y no se habia atrevido á acometerla.

Calpurnio Pison, que vino despues (135), tuvo á bien retirarse á invernar en la Carpetania, y fué testigo de cómo habia ido relajándose la disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó á acabar de corromperla con su codicia.

La guerra, sin tomar incremento, habia adquirido la mayor gravedad por los desastres sin cuento que el valor de los numantinos ha-

(1) App. De Bell. Hisp. p. 511; Tit. Liv. Epitom.; Pattere. lib. II; Saint-Real, Hist. de este tratado.

bia causado á las águilas de la orgullosa república.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya á Numancia *el terror de la república*: los ciudadanos casi no osaban pronunciar su nombre. Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando á la capital del mundo. Con indignación, más que con dolor, veía cómo iban quedando enterradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera fuese capaz de domar esta ciudad heroica que el que habia destruido á Cartago. Por dos veces se confirió á Escipion Emiliano el consulado sin pretenderlo, una para que fuese á destruir á Cartago, otra para que viniese á destruir á Numancia, las dos ciudades, como observó Ciceron, más enemigas de Roma. Pero la una habia sido una población de 700.000 habitantes, la otra apenas contaría ya en su recinto cuatro ó seis mil defensores. Hemos visto cuán poco tiempo le bastó para borrar del mapa de los pueblos la primera; veremos si le fué tan fácil arruinar la segunda.

Por único refuerzo trajo el africano consigo 4.000 voluntarios (134), de entre los cuales formó un cuerpo de 500 hombres pertenecientes á familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró *la cohorte de los amigos*. Halló Escipion el ejército de España viciado en extremo y corrompido. Y comprendiendo que sin corregir estos vicios no podía intentar nada seguro, dedicóse el ilustre general á reformar la disciplina y á moralizarle. Desde luego arrojó del campo los chalanes, los vivanderos y las mujerzuelas; de éstas hasta 2.000. Suprimió las cómodas camas en que se habian acostumbrado á dormir y á comer, y las reemplazó con unos sacos en que dormía él mismo para dar ejemplo. Hacia que cada soldado cargase con la provision de trigo para quince ó veinte días, y con siete gruesas estacas para levantar empalizadas y trincheras, y con este cargamento y su equipaje obligábalos á hacer marchas y contramarchas; ejercitábalos en cavar fosos y replenarlos, en levantar muros y destruirlos, endureciéndolos así en todo género de trabajo y de fatiga. «Que se manchen de lodo,